

## HACIA UNA NUEVA VISIÓN DE LA ESTRUCTURA DE *LA GALATEA*

JUAN RAMÓN MUÑOZ SÁNCHEZ  
Universidad Autónoma de Madrid.

### RESUMEN

Habitualmente, la estructura de *La Galatea* se ha dividido en dos partes totalmente simétricas: 1-por un lado los tres primeros libros y 2-por otro los tres últimos, de los seis que se compone. Esta división se fundamenta en el hecho de que tanto en el libro III como en el VI se produce una reunión de todos los personajes en torno a dos acontecimientos, a saber: en el III la celebración de las bodas de Daranio y Silveria; en el VI las exequias en honor del pastor Meliso.

No obstante, a la luz de la relación de la materia interpolada de *La Galatea* con la trama pastoril, especialmente en lo que se refiere a la peripecia medular —los amores de Elicio, Erastro y Galatea— y a la celebración de la bodas de Daranio y Silveria, proponemos una nueva forma de ordenación de la narración en dos bloques completamente asimétricos: 1-por un lado los cinco primeros libros y 2-por otro el sexto y último. Esta estructuración se apoya, además, en el desarrollo temporal interno, pues de los diez días que dura la acción de la novela, seis transcurren en los cinco primeros libros, mientras que en el sexto acontecen cuatro.

Acercarse a la primera obra de Cervantes, *La Galatea*, para intentar profundizar en su estructura y sentido, supone un difícil problema al encontrarse «inconclusa»<sup>1</sup>, como el propio autor nos advierte desde el título:

---

<sup>1</sup> CORTÁZAR, Celina S. de (1971), «Observaciones sobre la estructura de *La Galatea*, *Filología*, XV, p. 227.

Primera parte de *La Galatea*, dividida en seis libros.

Y como claramente expresa al final de ella:

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo y Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas a los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen, la cual, si con apacibles voluntades esta primera viere rescebida, tendría atrevimiento de salir con brevedad a ser vista y juzgada de los ojos y entretenimiento de las gentes<sup>2</sup>.

Sin embargo, analizando pormenorizadamente todos y cada uno de los elementos que la conforman, que no son otros que los típicamente pastoriles<sup>3</sup>, podremos aventurar unos resultados óptimos si no definitivos.

Hasta la fecha, la estructura de *La Galatea* ha sido concebida como la interrelación de dos mundos: el pastoril y el no pastoril, estando el segundo supeditado al primero. Pues, al caso de un amor triangulado por los pastores Elicio, Erastro y Galatea, acaecido en el espacio idealizado de las riberas del Tajo, bajo el devenir del día poético y de la eterna primavera, hay que añadir otros que sufren distintos personajes, pastores o no, que por motivos de distinta índole se encuentran en las aguas poetizadas por Garcilaso. Como en las novelas pastoriles anteriores a *La Galatea*<sup>4</sup>, la interrelación de dos mundos conlleva la creación de dos niveles narrativos distintos, que se relacionan, donde de nuevo uno se supedita al otro. A saber: «uno es el de los hechos que efectivamente ocurren en el presente de la narración y cuyo relato, en tercera persona, ocurre a cargo de un narrador primario de carácter extradiegético —el mundo pastoril—. Otro es el de los hechos sucedidos en el pasado y actualizados, en primera persona, por un personaje en funciones de narrador intradiegético o paranarrador, mientras otros hacen de oyentes de su relato —paranarrario que en cierto modo representan a los lectores dentro del texto. Lo que suele ocurrir entonces es que ese narrador secundario procede a contar por extenso su biografía sentimental o cuando menos a exponer un resumen de la misma —el mundo no pastoril—.

El narrador primario es omnisciente en lo que atañe a los sucesos del presente narrativo, pero su visión de tales hechos aparece con frecuencia condicionada por el punto de vista de algunos personajes<sup>5</sup>, en nuestro caso, sobre todo Elicio y Galatea, auténticos con-

<sup>2</sup> CERVANTES (1996), *La Galatea*, edición de F. Sevilla y A. Rey, Madrid, Alianza (Obra Completa, vol. 1), Libro VI, pp. 442—443 (A partir de aquí, siempre que citemos el texto, tan sólo pondremos el número del libro y la página correspondiente de esta edición).

<sup>3</sup> «En *La Galatea* se dan, pues, todos los elementos que configuran el género “novela pastoril”: los casos de amor como tema fundamental; la fortuna y la naturaleza como temas secundarios; los ejercicios poéticos de los pastores (se destacan los de Tirsi y Damón, libro II, y los de Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, libro III); los discursos sobre el amor (libro IV), en los que el autor, como Él mismo dice, ha mezclado “razones de filosofía”; la oposición corte/aldea con el consiguiente elogio de la vida del campo, etc. En lo formal: la alternancia de prosa y verso, y la retórica característica, con sus amaneceres mitológicos, su adjetivación tipificadora y sus elementos ornamentales. *La Galatea* es, por tanto, una “égloga”, como el mismo autor la califica». CORTÁZAR, Celina S. de, Art. Cit., pp. 229—230.

<sup>4</sup> No son sino cinco, según la clasificación llevada a cabo por AVALLE-ARCE (1974): *La Diana* de Montemayor (1559); *La Diana* de Alonso Pérez (1563); *Diana enamorada* de G. Gil Polo (1564); *Los diez libros de Fortuna y Amor* (1573); *El pastor de Filida* de Luis Gálvez de Montalvo (1582). *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo.

<sup>5</sup> MONTERO, Juan (1996), Prólogo a su edición de *La Diana*, Barcelona, Crítica, p. LIV.

ductores del hilo narrativo de la obra, ya que, además de su caso particular de amor, son los encargados de topar con esos personajes —narradores que nos contarán su historia amorosa, de una forma totalmente simétrica, alternativa y sexista: Elicio se encontrará con Lisandro —historia primera—, y con Silerio —historia tercera—; mientras que Galatea hará lo propio con Teolinda —historia segunda— y con Rosaura —historia cuarta—.

No obstante, el mundo pastoril no se circunscribe exclusivamente a los amores de ese triángulo típico de tal género, sino que se ampliará considerablemente con la narración de otros sucesos que se agrupan en torno a dos: 1) las bodas de Daranio y Silveria —auténtico eje de la novela— y 2) las exequias de Meliso; con lo que Cervantes se desmarca de la tradición anterior<sup>6</sup>. Además, como estos dos hechos narrativos se encuentran entre sí de manera equidistante —las bodas en el libro III, las exequias en el VI— y suponen dos motivos de reunión, los estudiosos de la obra la han estructurado en torno a ellos, dividiéndola entonces en dos grandes bloques simétricos: a) por un lado los tres primeros libros; b) por otro, los tres últimos.

Así, Aurora Egido nos dice que «la obra, estructurada con todo cuidado, tiene una disposición simétrica evidente, que alcanza su cenit en el último libro. Los tres primeros libros desembocan en la fiesta de las bodas, el epitalamio y la comedia. Los tres últimos en la elegía»<sup>7</sup>. De un mismo parecer son F. López Estrada y M<sup>a</sup> T. López García-Berdoy<sup>8</sup> y A. Rey y F. Sevilla<sup>9</sup>. El cenit del que habla A. Egido se fundamenta en la armonía simétrica que preside todo el Renacimiento y que alcanza su perfección en el número cuatro, símbolo del cuadrado, y sus combinaciones con el tres y con el círculo, desarrollados por Cervantes en la descripción del Valle de los Cipreses, donde se celebran las exequias de Meliso<sup>10</sup>.

<sup>6</sup> Vid. sobre las novedades que introduce Cervantes en la pastoral, LÓPEZ ESTRADA, (1948): *La «Galatea» de Cervantes. Estudio crítico*, La Laguna, Universidad; (1974): *Los libros de pastores en la literatura española. I. La órbita previa*, Madrid, Gredos; (1990): «La literatura pastoril y Cervantes: el caso de *La Galatea*, *Actas del Primer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, pp. 159-174. RICCIARDELLI, M., (1966): *Originalidad de «La Galatea» en la novela pastoril española*, Montevideo, Morales- Mercant. AVALLÉ-ARCE, (1974): «Cervantes», *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo, pp. 229-263. FINELLO, D., (1976): «Cervantes y lo pastoril a nueva luz», *Anales Cervantinos*, XV pp. 211-222. FORCIONE, Alban K., (1988): «Cervantes en busca de una pastoral auténtica», *NRFH*, XXXVI, pp. 1011-1043. REY, A. y SEVILLA, F., (1996): «Género literario de *La Galatea*: la novela pastoril y la poesía», Introducción a su edic. de *La Galatea*, pp. III-VIII.

<sup>7</sup> (1994), *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», «El Quijote» y «El Persiles»*, Barcelona, PPU, p. 59.

<sup>8</sup> «Si se establece una consideración general del movimiento de acción de *La Galatea*, encontramos que los pastores (y los que con ellos se juntan), acaban por confluir en los episodios que actúan como núcleos de reunión. Uno de ellos es el de las bodas de Daranio y Silveria, y el otro el de las exequias de Meliso. Están situados en lugares equidistantes del libro: el primero en el libro III; y el segundo en el libro VI. ambos episodios cumplen su función y resultan compatibles con la maraña de las novelas entretrejidias; ambos son de ocasión sobre todo para que se reúnan pastores y pastoras de toda clase.» (1995): Introducción a su edic. de *La Galatea*, Madrid, Cátedra, p. 48.

<sup>9</sup> «Las cuatro historias intercaladas, en fin, se interponen mediante un medido y sopesado esquema, cuya simetría y armonía demuestran un trazado previo bien meditado, ajeno a cualquier improvisación, que las divide en dos grupos bien distintos y las distribuye entrelazadas unas con otras. Ello coincide con la simetría que preside el conjunto de *La Galatea*, dividida en seis libros, cuyos casi ochenta personajes confluyen y se mueven en torno a dos núcleos ubicados de manera equidistante, en perfecto equilibrio estético; a saber: el primero, las bodas de Daranio y Silveria, en el final del libro III, festivo, epitalámico, alegre y lleno de vida. Y el segundo y último, las exequias de Meliso y el «Canto de Calfope», al acabar el libro VI, sagrado, funeral, conmemorador de la muerte y de la poesía al mismo tiempo.» *Op. cit.*, p. XX.

<sup>10</sup> *Op. Cit.*, pp. 60-65.

A pesar de esta evidente armonía simétrica, no podemos olvidar que el número cuatro es una de las constantes cervantinas que aparece en toda su obra, como por ejemplo el epíteto caballeresco *la sin par* para sus grandes protagonistas femeninas —Galatea lo recibe hasta cinco veces a lo largo del texto—, y no digamos Dulcinea en *El Quijote* y Auristela/Sigismunda en *El Persiles*; o *el color verde*, de hecho, Carlos Romero Muñoz nos lo advierte en su edición de *El Persiles*:

En II, 12 (359), se habla de casi «cuarenta barcos»; en II, 14 (373), de «cuarenta ahorcados»; ahora, de «más de cuatro mil personas». Si además recordamos ciertos pasajes de, p. ej., *Quijote* (crf. RM, II:255; III:355), llegamos a la conclusión de que el número cuatro, con sus múltiplos, funciona en Cervantes como un numeral indefinido. Pero, claro, no sólo en Cervantes y, en general, no sólo en su época<sup>11</sup>.

Esto, quizás, nos haga advertir que la ubicación que Cervantes dio a tales acontecimientos no responde a un criterio único de simetría, sino, más bien, de intención. A saber: como hemos venido diciendo, nuestro autor intercaló en un ámbito típicamente pastoril la prehistoria de otros personajes que, por su condición social, no son pastores propiamente dichos, como ya hiciera Montemayor en su *Diana*<sup>12</sup>. Estas historias son *cuatro* fundamentalmente, a pesar de que López Estrada y M<sup>a</sup> T. López nos hablan de seis<sup>13</sup>, que son: 1) La historia de Lisandro, Carino, Crisaldo, Leónida y Silvia; 2) la de Teolinda, Artidoro, Leonarda y Galercio; 3) la de Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca; 4) la de Rosaura, Grisaldo y Artandro. Las cuatro están sabiamente aderezadas por los dos grandes sucesos amorosos, interrelacionados entre sí, como veremos, que ocurren en el ámbito pastoril: los triángulos amorosos de Elicio, Erastro y Galatea; y Daranio, Mireno y Silveria.

Sin alejarse de la tradición anterior, Cervantes abre su novela con la presentación de sus grandes protagonistas, Elicio, Erastro y Galatea, dándonos buena cuenta del estado en que se encuentran sus amores:

De Galatea no se entiende que aborreciese a Elicio, ni menos que le amase; porque a veces, casi como convencida y obligada a los muchos servicios de Elicio, con algún honesto favor le subía al cielo; y otras veces, sin tener en cuenta esto, de tal manera le desdénaba que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas cosnecía (I, 25).

Por otra parte, Elicio y Galatea son los dos grandes protagonistas del triángulo; pues, el otro vértice, Erastro, ama a sabiendas de no tener posibilidades, hasta el punto de que Elicio le tiene lástima:

<sup>11</sup> (1997): *El Persiles*, Madrid, Cátedra, libro II, cap. XVIII, p. 396, nota nº 2.

<sup>12</sup> «Ya que a su triángulo pastoril, compuesto por Sireno, Silvano y Diana, unió las historias intercaladas de Silvania (libro I), Felismena (libro II) y Belisa (libro III); que conforman el verdadero caparazón estructural de la obra, en especial la historia de Felismena, que llega a usurpar el protagonismo al triángulo pastoril.» AVALLE-ARCE, *Op. Cit.*

<sup>13</sup> *Op. Cit.*, pp. 30-35.

Lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos (I, 29).

Amores que, a pesar de estar presentes a lo largo de toda la novela gracias a los diálogos entre pastores y no pastores y a los poemas de Elicio y Erastro, no varían absolutamente nada hasta el anuncio de las bodas de Galatea con un rico pastor portugués a finales del libro V, y que acapararán la narración, junto a las exequias de Meliso y el «Canto de Calíope», del libro VI. Por tanto, parece obvio que Cervantes había meditado muy mucho la colocación de los sucesos en lo que atendía a sus personajes principales, pues entre el inicio de la novela y el final del libro V se desarrollan las cuatro grandes historias intercaladas; es más, ya que en el centro del libro III se celebran las bodas de Daranio y Silveria. De este modo, si nos atenemos a la colocación de las historias intercaladas, nos podremos dar cuenta de que Cervantes enmarcó tales historias entre los amores de Elicio, Erastro y Galatea, y, aún más, las dispuso en torno a las bodas: después de la presentación de nuestros pastores y de contarnos el estado en que se hallan sus amores, el autor del *Quijote* inicia la primera historia intercalada — la de Lisandro — justo por su final, o sea, *in extrema res*: la muerte de Carino a manos de Lisandro, con lo que la violencia y la muerte se instala en el escenario bucólico de la paz y el amor<sup>14</sup>; como ya había hecho Montemayor en los libros II y VII, cuando Felismena da buena cuenta de los tres salvajes y de los tres caballeros que atacan, respectivamente, a las ninfas y a don Felis, aunque por motivos bien distintos. Más tarde y bajo los efectos de «la blanca luna», que «ilumina media Galatea»<sup>15</sup>, Lisandro relata los sucesos de su historia a Elicio, acaecida en Andalucía unos meses antes — así se amplían el espacio y el tiempo de la pastoral —, entre nobles y «gente principal». En una historia donde el amor, aderezado por los celos, se convierte en odio, dando paso a la violencia, la sangre y la muerte. Con ello, Cervantes muestra a su pastor aquello que por su condición ideal no le pertenece conocer: que los amores pueden engendrar la muerte. Por otra parte, esto implica la entrada en lo pastoril — universal poético — de otras ficciones — particular histórico —<sup>16</sup>

Aún en el discurrir del libro I, Galatea y Florisa se topan con Teolinda, labradora de una aldea del vecino Henares; la cual narrará su aventura amorosa con Artidoro, ganadero foráneo de su aldea, y que quedará inconclusa tras la desafortunada intervención de su hermana gemela Leonarda, diferenciándose así de la primera historia, que finaliza en el texto de *La Galatea*. Además, la narración que Teolinda realiza de su biografía o prehistoria, a consecuencia del fin de la jornada pastoril del segundo día de la narración, se cuenta a caballo entre el final del libro I y el inicio del libro II.

Devolviendo la narración a los pastores Elicio y Erastro, con esa alternancia sexista ya apuntada más arriba, acompañados de Tirsi y Damón, pastores, como Teolinda, de las riberas del Henares, que se encuentran en las del Tajo con motivo de las bodas de Daranio y Silveria, nuestros pastores conocen a Silerio, un ermitaño, que, tras los ruegos

<sup>14</sup> Pues como había anotado Fernando de Herrera en sus *Anotaciones a la obra de Garcilaso*, hablando de la materia pastoril nos dice, «la materia de esta poesía es las cosas y las obras de los pastores, mayormente sus amores; pero simples y sin daño, no funestos con rabia de celos, no manchados con adulterios; competencias rivales, pero sin muerte y sin sangre.» GALLEGO MORELL, (1972): *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, 1972, p. 368.

<sup>15</sup> EGIDO, Aurora, *Op. Cit.*, p. 79.

<sup>16</sup> CORTÁZAR, C. S. de, *Art. Cit.*, pp. 231 — 233.

encarecidos del grupo, narrará su desdichada historia de amistad y amor<sup>17</sup>, dando paso a la típica novela bizantina incorporada a la tradición pastoril<sup>18</sup>. De la misma manera que Teolinda, Silerio, sin lugar a dudas el personaje más logrado de toda la novela por su sufrimiento y profundo debate psicológico entre la amistad y el amor, divide su narración intradiegetica entre el final de libro II y el inicio del III. Y, como la historia de Lisandro, es una narración que transcurre lejos del Tajo, pues su origen está en Andalucía, su desarrollo en Cataluña e Italia, entre nobles la acción. Por otra parte, a diferencia de la primera historia intercalada y como la de Teolinda la historia quedará sin resolución final, al menos por el momento. Así, se dará paso a uno de los grandes acontecimientos del devenir de la obra: las bodas de Daranio y Silveria.

Con el comienzo de un nuevo día y de un nuevo libro, el IV, Galatea, Florisa y Teolinda, como Elicio y Erastro con respecto a la primera historia, se van a topar con el supuesto fin de la cuarto episodio, que es el concertado matrimonio entre Rosaura y Grisaldo. Sin embargo, ante nuestra sorpresa y la de Teolinda, Leonarda, su gemela, acompaña a la rica aldeana Rosaura. De tal modo que, en una narración trabada, se nos va a dar buena cuenta de la prehistoria de la cuarta novela y de la ampliación de la segunda. Ya que, Rosaura narra a Galatea y a Florisa su historia de duda amorosa y de celos con Grisaldo y con un caballero aragonés amigo de su padre, Artandro; mientras que Leonarda pone en conocimiento a su hermana Teolinda de la existencia del hermano gemelo de Artodoro, Galercio, del que est: perdidamente enamorada. Así, las historias segunda y cuarta están estrechamente vinculadas, pues ambas transcurren en aldeas próximas al Henares, y, además, Galercio y Artodoro apacientan el ganado del rico Grisaldo, mientras que Leonarda y la hermana de éstos, la joven Maurisa, sirven a Rosaura.

Con el fin de la narración, que no de las historias, entran en colación otros casos de amor en el devenir pastoral, como los del enamorado Lauso; el conocimiento de unos personajes de altos vuelos, conocidos ya por algunos de los pastores de las riberas del Tajo y por el lector, Timbrio, Nísida, Blanca y un acompañante, que tendrán el honor de presidir el debate que sobre el amor mantendrán el *desenamorado* Lenio y Tirsi, después de comentar y alabar la vida pastoril en detrimento de la corte. Con el asomo al final de la historia tercera tras la llegada de estos personajes, se amplía aún más la segunda al quedar patente la pasión de Galercio para con Gelasia, que pone fin, con la vuelta a la aldea, al libro IV.

El libro V se abre con la continuación de la tercera historia, pero con un forzoso cambio de narrador<sup>19</sup> — como ocurrió antes con el episodio de Teolinda y Leonarda —,

<sup>17</sup> Véase sobre el cuento de «los dos amigos» ALARCOS GARCÍA, Emilio, (1950): «Cervantes y Boccaccio», en *Homenaje a Cervantes, II, Estudios cervantinos*, Valencia, Mediterráneo, pp. 195—235; AVALLE-ARCE, (1975): «El cuento de los dos amigos» en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, pp. 153—211, y más concretamente pp. 182-189. CORTÁZAR, C. S. de, Art. Cit., 227-239.

<sup>18</sup> Moda que abrió Montemayor con la historia de Felismena en *La Diana* y que continuó Gil Polo en su *Diana Enamorada*, con la novela bizantina de Marcelio, Clenarda y Alcida. Véase para la deuda del género pastoril con el bizantino AVALLE-ARCE, *La novela pastoril española*; LÓPEZ ESTRADA, *Estudio crítico de «La Galatea» de Miguel de Cervantes y Los libros de pastores en la literatura española, I. La órbita previa*; PRIETO, Antonio, (1975): *Morfología de la novela*, Barcelona, Planeta; REY HAZAS, Antonio, (1982): «Introducción a la novela del Siglo de Oro, I. (Formas de novela idealista).», *Edad de Oro, I*, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 65-105; EGIDO, Aurora (1986): «Contar en la Diana», *Formas breves del relato*, Zaragoza, pp. 137-156; RALLO, Asunción, (1995): Introducción a su edic. de *La Diana*, Madrid, Cátedra.

<sup>19</sup> Hemos de recordar, una vez más, *La Diana* de Montemayor, pues la historia de Belisa presenta paralelismos formales con la de Silerio, dado que ambas presentan un narrador doble: primero Belisa (libro III) y después Arsileo (libro V); que, como en *La Galatea*, produce una ampliación de perspectivas y puntos de vista en la parte final de la primera narración (Belisa/Silerio) y en el inicio de la segunda (Arsileo/Timbrio).

pues el encargado de seguir la historia será curiosamente «el otro amigo», Timbrio, concluyendo lo que dejó en suspenso Silerio, hasta dar buena cuenta de lo sucedido hasta su llegada a las riberas del Tajo. A partir de aquí la narración general, la del narrador extradiegético, se complicará hasta cotas inesperadas, pues se pondrá fin a todas las historias intercaladas, al menos en lo que se refiere a la primera parte de *La Galatea*: la segunda con el matrimonio entre Artidoro y Leonarda, tras un picaresco engaño de ésta a aquél y dejando en ascuas a la sufridora Teolinda, que nos recuerda al villancico de *La Diana* «¡Amor loco, ay, amor loco!/ Yo por vos y vos por otro». La tercera con el futuro casamiento entre Timbrio y Nísida, por un lado, y de Silerio con Blanca por otro, poniendo fin al debate interno de Silerio en favor de la amistad ideal, con lo que se culmina definitivamente esta historia en el texto, al igual que la primera. La cuarta con el rapto de Rosaura a manos de Artandro, delante de nuestros pastores, que acaban de recibir la triste noticia de las concertadas bodas de Galatea con un rico pastor portugués, tras ordenarlo «el Rabad'n mayor de todos los aperos», Felipe II, sin lugar a dudas<sup>20</sup>. Entre tanto desenlace se cuenta el amor de Lenio para la libre de él, Gelasia; el final feliz de la ruptura entre los amores de Lauso y su ya no amada Sileria y «el más grande milagro de Amor», los amores del vejo Arsindo y la joven Maurisa. El libro llega a su fin con el anuncio de las exequias de Meliso para el día siguiente por parte del venerable Telesio, dando fin al sexto día de la narración con la vuelta a la aldea.

A la luz de los acontecimientos parece claro que los cinco primeros libros de *La Galatea* conforman un bloque homogéneo y totalmente simétrico, que se diferencia radicalmente del libro VI, por otra parte, consecuencia lógica de aquéllos. Así, nos encontramos frente a un conjunto magníficamente bien construido y detallado al milímetro por Cervantes, dado que rodeó al mundo pastoril de la realidad histórica de su época para proporcionar un aprendizaje a sus pastores del que podían y debían valerse, al mismo tiempo que los introducía en la más pura y dura realidad. Como ya dijimos, lo particular histórico o, lo que es lo mismo, las cuatro historias intercaladas, queda enmarcado por el amoroso ámbito de la bucólica; si muy lejana al principio, cuando la presentación de Elicio y Erastro y su encuentro con la «historia» al ser espectadores del homicidio de Lisandro (libro I), estrechamente unidas al final del bloque, cuando nuestros pastores reciben la noticia del futuro casamiento de Galatea, justo en el momento en el que se produce el rapto de Rosaura, provocando, a través del uso de la violencia, la incursión del mundo pastoril —lo universal poético— en la realidad histórica. Introducción, insistimos, que se produce de manera pausada y gradual; dado que entre estos dos polos están las bodas de Daranio y Silveria, eje del bloque y de las cuatro historias. Así, la primera y la cuarta se desarrollan de forma paralela, una antes y otra después de las bodas, abriendo y cerrando el aprendizaje y la incursión en el mundo histórico de nuestros pastores; no en vano son las que traen la violencia a la bucólica hasta sumir en ella a sus idealizados personajes:

Pero los extremos que Galatea y Florisa hacían, por ver llevar de aquella manera a Rosaura, eran tales, que movieron a Elicio a poner su vida en manifiesto peligro, porque sacando su honda, y haciendo Damón lo mesmo, a todo correr fue siguiendo a Ar-

<sup>20</sup> Véase el art. de REY HAZAS, A., (2000): «Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal», *Príncipe de Viana*, LXI, pp. 239-260.

tandro, y desde lejos, con mucho ánimo y destreza, comenzaron a tirarles tantas piedras que les hicieron detener y tomarse a poner defensa (V, 331)<sup>21</sup>.

Al igual que éstas, las historias segunda y tercera se desarrollan también de forma paralela, pues ambas son presentadas y dejadas sin concluir en el presente de la narración pastoril antes de las bodas. Y, con el orden inicial, se reanuda la narración después de los desposorios que unen a Daranio y a Silveria, pero con un cambio formal: la historia la concluye un paranarrador distinto; a saber, a Teolinda la sustituye su hermana gemela Leonarda; mientras que a Silerio lo sustituye su amigo Timbrio. No obstante, ambas historias quedan a expensas de alcanzar su conclusión definitiva, conclusión que se producirá en el propio acontecer de la narración extradiegética; es decir, en el tiempo presente de la narración de lo pastoril, que se iguala, entonces, con el histórico. Es más, ambas historias experimentan el mismo desenlace, pero presentado de manera radicalmente opuesta, pues mientras que Leonarda traiciona la lealtad que debía a su hermana por una simple cuestión sanguínea o de parentesco, gracias a un engaño, consigue al reflejo de su amor, que no su amor, dado que finalmente se casa con Artidoro y no con Galercio; Silerio, sin tener tal atadura, se mantiene fiel a la amistad que le une con Timbrio y deshecha su amor por Nísida, aunque, al final, obtiene, sino el reflejo de su amor como la pastora de las riberas del Henares, sí la recompensa de Blanca, que, como Teolinda, es la gran sufridora del amor, aún más, pues se trata de un amor sordo y silencioso, magníficamente mostrado, de forma sibilina e indirecta en la propia narración de Silerio. Por lo tanto, en torno al extraño acontecer de las bodas —pues no queda lo suficientemente claro si Silveria ha desechado su amor por Mireno debido a la obligada obediencia paterna o por las golosas riquezas de Daranio—, los pastores son los privilegiados espectadores de la fuerza del amor, capaz de romper el inquebrantable vínculo de la sangre a través del engaño cuasi picaresco de Leonarda a su hermana Teolinda, que además son gemelas; al mismo tiempo que asisten a todo a un canto en favor de la amistad, capaz de imponerse al amor.

Pero no termina aquí la minuciosa labor de engranaje puesta en escena por Cervantes, ya que las historias se relacionan entre sí dos a dos: 1—por un lado la primera y la tercera, ya que son las que se desarrollan lejos del espacio pastoril, entre nobles andaluces y son las que alcanzan un final claro y definitivo en el conjunto de la narración total; 2—por otro, la segunda y la cuarta, dado que ambas transcurren, en principio, en las riberas del Henares, entre personajes que interaccionan, como ya di-

<sup>21</sup> De nuevo recurrimos a *La Diana* de Montemayor para demostrar que la violencia de los pastores no es privativa de *La Galatea*: «Los dos pastores y la pastora Selvagia, que atónitos estaban de lo que los pastores hacían, viendo la crueldad con que a las ninfas trataban y no pudiendo sufrirlo, determinaron de morir o defendellas; y sacando todos tres sus hondas, proveídos sus zurroneos de piedras, salieron al verde prado y comienzan a tirar a los salvajes con tanta maña y esfuerzo como si en ello les fuera la vida.» MONTEMAYOR, JORGE DE. (1996): *La Diana*, edición de Juan Montero, Barcelona, Crítica, libro II, p. 94.

Sin embargo, hay una gran diferencia en cuanto a la utilización de la violencia se refiere por parte de ambos autores, pues para Montemayor es un caso aislado, donde, además, los pastores han de salvar su honra defendiendo a las ninfas; mientras que para Cervantes es la concatenación de varios acontecimientos lo que posibilita que los pastores la utilicen, pues por su experiencia personal han aprendido que la violencia puede ser un método para hacer variar los acontecimientos; lo que, por otro lado, acarrea, a diferencia de los pastores de Montemayor, su inclusión en el mundo real e histórico.



jimos, y ambas quedan a expensas de la futura e inexistente Segunda parte de *La Galatea* para su resolución<sup>22</sup>.

Sin embargo, las coincidencias no terminan aquí, sino que Cervantes relaciona las cuatro interpolaciones con los cuatro casos de amor que representan Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio en la égloga del libro III, justo después de las bodas; Orompo representa el caso de amor frustrado por la muerte, como queda Lisandro después de su sangrienta y trágica historia; Marsilio el rechazo, como Teolinda primero y Galercio después; Crisio la distancia, como Silerio con respecto a Nísida, una vez que abandona Nápoles, si bien es cierto que al final queda acomodado con Blanca, como recompensa a su sin igual lealtad; Orfenio los celos, como les ocurre por igual a Crisalvo y a Rosaura, aunque el rapto final de ésta por Artandro imposibilita el final feliz de la historia. Si nos fijamos atentamente, además, el turno en el que se desarrolla la representación de cada pastor en la égloga se corresponde con el orden en el que aparecen las historias con las que se relacionan.

A lo largo de nuestro análisis hemos venido insistiendo en que las bodas del libro III eran el auténtico eje medular de *La Galatea*, pero por todo lo dicho hasta aquí, también lo es de este bloque, debido fundamentalmente a que marca un antes y un después en las funciones del narrador extradiégético o general, dado que en los acontecimientos que se desgranán antes de las bodas comparten las funciones narrativas los dos tipos de narradores, el principal y los personajes que cuentan sus biografías, aunque tienen más relevancia los paranarradores; mientras que después de ellas la función del narrador extradiégético cobra mucho mayor protagonismo, a pesar de que el espacio dedicado a los narradores intradiégéticos sea prácticamente el mismo —Lisandro, Teolinda y Silerio, antes; Rosaura, Leonardo y Timbrio después—, lo que ocurre es que la narración se complica prodigiosamente, y más cuando las historias intercaladas segunda, tercera y cuarta alcanzan sus desenlaces definitivos, al menos a lo que en esta primera parte de la obra se refiere, en el libro V, a lo que hay que sumar la noticia de la boda de Galatea, el amor y desamor de Lauso, la entrada en escena de Gelasia y los amores entre Arsindo y Maurisa<sup>23</sup>.

Por tanto, a la vista de los acontecimientos la estructura de *La Galatea*, desde nuestro punto de vista, es totalmente asimétrica, a pesar de estar dividida en dos partes. A saber: 1) Los cinco primeros libros por un lado, donde se desarrollan por completo las cuatro novelas insertadas y cuya función no es sino romper la bucólica tradicional con la entrada y posterior igualación de lo particular histórico en lo universal poético, que, además, conlleva un aprendizaje en nuestros pastores al entrar en contacto con personajes no idealizados, capaces de lo mejor, como Silerio, y de lo peor, como Artandro, Leonar-

<sup>22</sup> Véase REY, A. y SEVILLA, F., *Op. cit.*, p. XX.

<sup>23</sup> «La complejidad de la trama narrativa de Cervantes aumenta notablemente en los libros cuarto y quinto, (...) los argumentos a favor de la unidad temática, del entrelazamiento ordenado y cuidadosamente matizado, de la simetría episódica y de los sistemas numerológicos unificadores son altamente discutibles. La polifonía estéticamente satisfactoria degenera en una repelente cacofonía», porque «Cervantes empieza a introducir episodios a un ritmo enloquecido. El fragmento introductorio, que despierta la curiosidad y el suspense y el deseo de aclaraciones posteriores, se ve drásticamente reducido; un fragmento sigue mecánicamente a otro; sus semejanzas hacen peligrar la coherencia que se da por la definición significativa; en ciertos momentos hay convergencia o amontonamiento simultáneo de más de un fragmento dentro del movimiento del argumento principal». FORCIONE, Art. Cit., pp. 1026-1027. Aunque en cierto sentido no le falta razón al hispanista norteamericano, pensamos que el lector nunca pierde el hilo de la narración de la novela, a pesar de la complejidad argumental de los libros IV y V.

da, Carino, y, especialmente, Crisalvo, asesino de su propia hermana, y al poder presenciar los distintos casos de amor que se representan en cada una de las interpolaciones. 2) Por otro, el sexto y último de la obra, donde ya no hay espacio para la historias intercaladas, ya que su función ha dejado de ser pertinente, debido a que nuestros pastores ya están adoctrinados y se encuentran en el seno de la más pura realidad, esto es, han dejado de pertenecer al idealizado mundo de la bucólica tradicional, como se infiere de la resolución, más que probable, violenta, que han determinado tomar para impedir el casamiento de Galatea con el rico pastor lusitano. Por otra parte, en este libro VI, se produce el hermanamiento definitivo entre los pastores del Tajo y del Henares, como podemos colegir del Canto de Calíope y por el casamiento de Galatea<sup>24</sup>.

Si no fuera suficiente lo dicho hasta ahora para justificar nuestra visión de la estructura, el tiempo de la narración dominado por el narrador extradiegético, aquél que está regido por el día poético y por la jornada pastoril, nos dará la razón. Como sabemos, la acción de *La Galatea* transcurre o se desarrolla durante diez días. Pero veamos cómo se distribuyen a lo largo de los seis libros:

Libro I	-----	1ª Jornada
Libro I	-----	2ª Jornada
Libro II	-----	2ª Jornada
Libro II	-----	3ª Jornada
Libro III	-----	3ª Jornada
Libro III	-----	4ª Jornada
Libro IV	-----	5ª Jornada
Libro V	-----	5ª Jornada
Libro V	-----	6ª Jornada
Libro VI	-----	7ª Jornada
Libro VI	-----	8ª Jornada
Libro VI	-----	9ª Jornada
Libro VI	-----	10ª Jornada

Resulta evidente, pues, el contraste existente entre los dos bloques, ya que de los diez días en los que se desarrolla la obra -nueve completos según el estudio de J. Casaldueño<sup>25</sup>— seis transcurren en los cinco primeros libros, siendo los libros III y V los únicos que terminan con la culminación de un día; mientras que tan sólo el libro VI comprende cuatro—. Por ende, no cabe la menor duda de la extraña configuración estructural que presenta la primera obra cervantina; pero, ¿cuál fue la motivación que llevó a Cervantes a diseñar así *La Galatea*? Parecen ser dos las intenciones por las cuales nuestro autor repartió así el material

<sup>24</sup> Véase REY HAZAS, A. (2000): «Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal», *Príncipe de Viana* LXI, pp. 239-260, y más concretamente 239-253; el apartado «Garcilismo, realismo y nacionalismo en *La Galatea*», en la Introducción de REY, Antonio y SEVILLA, Florencio a su edic. de *La Galatea*, pp. XXIX-XLIII; EGIDO, A., «*La Galatea*: espacio y tiempo», en *Cervantes y las puertas del sueño*, pp. 39-90.

<sup>25</sup> (1973): «*La Galatea*», en *Suma cervantina*, AVALLE-ARCE y E. C. Riley editores, Londres, Tamesis Books, pp. 27-46.

narrativo: a) por un lado, la exaltación de Castilla como reino medular de España, como se desprende del hermanamiento de los pastores del Tajo y del Henares ante el rapto de Rosaura, recordemos, efectuado por un caballero aragonés, y que intentan evitar Elicio —pastor de las riberas del Tajo— y Damón —pastor de las riberas del Henares— y ante el posible casamiento de Galatea con un pastor portugués, a pesar de estar solicitado por el mismísimo Felipe II<sup>26</sup> —«rabadán mayor de todos los aperos»—; exaltación nacionalista que también aparece en las dos únicas obras teatrales conservadas de la primera época del autor del *Quijote*, cuya redacción fue muy cercana a la de *La Galatea: El trato de Argel y El cerco de Numancia*. Es más, Aurora Egido ha identificado a la pastora Galatea como la personificación del Tajo<sup>27</sup>. No obstante, ese tributo rendido a Castilla no es exclusivamente político, sino también poético, dado que Calíope ensalza en su Canto la superioridad de los poetas castellanos; b) por otro lado, la ruptura de la bucólica tradicional al provocar la entrada de lo particular histórico en lo universal poético, lo que supone la desidealización de los pastores y su ámbito cuando dejan de comportarse como meros arquetipos<sup>28</sup> gobernados por el Amor, la Fortuna y la Naturaleza, una vez que intentan resolver sus problemas con todo aquello que esté al alcance de su mano, incluida la violencia, como resultado de un laborioso aprendizaje. Lo que apunta claramente a *La Diana*, referente directo de nuestra novela —no en vano fue la obra de mayor difusión de la España de la segunda mitad del XVI con más de veinte ediciones—, ya que Montemayor acudió a la magia del «agua encantada» de Felicia para resolver los problemas amorosos tanto de sus personajes.

Sin embargo, estas dos intenciones no se dan de manera independiente, sino que están estrechamente relacionadas entre sí, ya que Cervantes introdujo la realidad en su obra, pero no cualquier realidad, sino la suya propia; es decir, su propia realidad contemporánea, su acontecer más inmediato, de ahí el pastoral ropaje que encubre a los poetas Figueroa —Tirsi—, Laínez —Damón—, Hurtado de Mendoza —Meliso— y quizás él mismo —Lauso—, así como a los más altos cargos de la política española, como Felipe II —«el rabadán mayor de todos los aperos»— y su hermanastro, Juan de Austria —el pastor Astraliano—; tal y como ya nos advirtió en el prólogo:

Muchos de los diferentes pastores della lo eran sólo en el hábito (pp. 18-19).

A pesar de todo, Cervantes dejó incompleta su novela<sup>29</sup>, aún habiendo anunciado tantas veces su continuación a lo largo de su producción literaria<sup>30</sup>. Quizás porque la ac-

<sup>26</sup> Nos dice MEREGALLI, Franco, que «no es necesario mucho esfuerzo para traducir los términos pastorales: en nombre de la libertad de una mujer, un súbdito de Felipe II se declara dispuesto a oponerse violentamente a las órdenes del rey; y lo hace también para afirmar la autonomía de las riberas del Tajo, es decir, el río castellano. Hay una evidente carga de resentimiento contra la política de Felipe II, que Cervantes consideraba demasiado favorable a Portugal, esa misma política a la que atribuía no haber recibido otros encargos de la Corona». (1992): *Introducción a Cervantes*, Barcelona, Ariel, p. 45.

<sup>27</sup> «Arcadia in ergo», en *Cervantes y las puertas del sueño*, pp. 33-39.

<sup>28</sup> Tal y como demostró AVALLE-ARCE (1961): en la *Introducción* a su edic. de *La Galatea*, Madrid, Clásicos Castellanos, p. XXV y ss. y (1974): *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo, capítulo VIII, pp. 229-263.

<sup>29</sup> «La obra no acaba con la edición de 1585, porque lo común en el género era dejar abierta la prolongación de la misma en otros tomos, tal y como ocurrió con *La Diana* de Montemayor.» LÓPEZ ESTRADA y LÓPEZ GARCÍA-BERDOY, *Op. Cit.*, p. 22.

<sup>30</sup> Al final de *La Galatea* (1585); en el capítulo VI del primer *Quijote*; en la dedicatoria de *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados* (1615); en el Prólogo del segundo *Quijote* (1615) y en la dedicatoria de *El Persiles* (1616).

ción que iban a emprender Elicio, Erastro, Tirsi, Damón y demás pastores de las riberas del Tajo y del Henares para impedir el casamiento de Galatea era irreverente al género pastoril, ya que llevaría la narración a límites insostenibles e insospechados para tal género. Quizás porque suponía un enfrentamiento directo con la monarquía española, dado que quien solicita el enlace matrimonial entre Galatea y el rico pastor portugués era nada más y nada menos que el propio Felipe II.

No obstante, nos aventuramos a dejar caer la posibilidad de que Cervantes, contradiciéndose a sí mismo, dejó finiquitada su obra, pues, como dijo Avalle—Arce, los finales abiertos son muy de su gusto<sup>31</sup>, como ya dejó patente en sus otras dos grandes novelas: el *Quijote* y *El Persiles*; así, por ejemplo, en el *Quijote* dejó sin concluir el cuentecillo de la pastora Torralba (I, XX); el episodio intercalado del oidor, doña Clara y don Luis (última referencia en I, XLIV) y la historia de Ricote y Ana Félix (II, LIV, LXIII y LXV). De hecho, basándonos en la teoría pendular que Avalle—Arce observó en *La Galatea*<sup>32</sup>, las bodas de la homónima protagonista deberían ser el opuesto a las bodas de Daranio y Silveria, de ahí esa posición medular que las hacen ser el eje de la obra, tal y como se puede deducir en las últimas palabras del narrador antes de asegurar la continuación de esta primera parte:

Y todos llevaban intención de que, si las razones de Tirsi no movían a que Aurelio la hiciese en lo que pedían, de usar la fuerza no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase, de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en sólo su contento redundase; porque, a trueco de ver a Galatea ausente y descontenta, tenía por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le debía de quedar obligada (VI, 442).

Y más cuando hizo coincidir el rastro de Rosaura con el anuncio de las bodas, posible solución determinada para impedir las bodas pues Galatea lo vio con buenos ojos:

El amoroso que Artandro tiene —dijo Galatea— fue el que le movió a tal descomedimiento; y así, conmigo en parte queda desculpado (V, 331).

Hasta Erastro lo vio bien, admirando el valor del caballero aragonés:

Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro, pero la pastora Florisa, en breves razones, se lo contó todo; de que se maravilló Erastro, estimando que no debía ser poco el valor de Artandro, pues a tal dificultosa empresa se había puesto (V, 335).

El rapto es una solución, además, muy del gusto cervantino, pues se repite en varias ocasiones a lo largo de su obra<sup>33</sup>. No obstante, el gran opuesto a las bodas de Dara-

<sup>31</sup> Introducción a su edic. de *La Galatea*, p. XXV y ss.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. XXV y ss.

<sup>33</sup> Como sucede por ejemplo en *El trato de Argel*, obra de la misma época que *La Galatea*: «A su padre la pedí / muchas veces por mujer, / pero nunca a mi querer / sólo un punto le rendí; / y viendo que no podía / por aquel modo alcanzalla / determiné de roballa, / que era la más fácil vía. / Cumplí en esto mi deseo». Edición de SEVILLA, F. y REY, A. (1996), Madrid, Alianza (Obra Completa, vol. 2), Jornada IV, pp. 99-100, vs. 2402-2410.

nio y Silveria es, sin lugar a dudas, el desenlace de las bodas de Camacho en la segunda parte del *Quijote*, cuando Basilio, como Leonarda aquí, consigue a su amada a través de un engaño de corte picaresco; engaño ya llevado a cabo por Lotario y Camila, si bien es cierto que por motivos menos honestos en la novela intercalada del primer *Quijote*, «El curioso impertinente».

En fin, sea como fuere tanto si Cervantes dejó *La Galatea* abierta a propósito, como si lo hizo pensando en su continuación, de lo que no cabe la menor duda es de la relación amor/odio que profesó por este género narrativo, siempre presente en su obra<sup>34</sup>. Es más, no sólo todas y cada una de la historias acaecidas en ella, fueran o no pastoriles, dejaron descendencia en otros libros de Cervantes, para tratar el mismo tema desde distintas ópticas, sino que, ese primer bloque de la estructura, conformado por los cinco primeros libros, supuso el auténtico laboratorio de pruebas para Cervantes, como demuestra el gran parecido morfológico que tiene con los sucesos que acontecen en torno a la venta de Juan Palomeque el Zurdo en el primer *Quijote* y los que transcurren en la isla del rey Policarpo en el libro II de *El Persiles*. Lo único claro es que Cervantes es el dueño del secreto que esconde el dulce lamentar de los pastores<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> Véase FORCIONE, (1988): «Cervantes en busca de una pastoril auténtica», *NRFH*, XXXVI, pp. 1011-1143 y LÓPEZ ESTRADA y LÓPEZ GARCÍA-BERDOY (1995): «El tema pastoril en Cervantes después de *La Galatea*», *Op. Cit.*, pp. 89-96.

<sup>35</sup> Para una revisión de la bibliografía de *La Galatea* véase MONTERO REGUERA, José, (1995): «*La Galatea* y *El Persiles*», en *Cervantes* (VV. AA.), Alcalá de Henares, C.E.C., pp. 157-172.